

posición que acababa de tomar, y que hubo de abandonar, sino al plan de campaña que se impuso á Souwaroff por el consejo áulico de Austria que dirigía ahora como antes la guerra desde Viena. Se le prohibió pasar los Apeninos antes de haberse apoderado de las plazas fuertes de la Lombardía y en especial de Mantua, y esto dió ocasión á la famosa batalla de la Trebbia que duró tres días,—17, 18 y 19 de Junio.

Batióse en la Trebbia Macdonald que había acu-

dido al socorro de Moreau con los más de los soldados que pudo, recogidos en Nápoles y Roma, habiendo reemplazado á Championet que había dimitido por motivos análogos á los de Joubert. Souwaroff, noticioso del avance de Macdonald al frente de treinta y tantos miles de hombres, comprendió por la dirección de éste que lejos de ir á reunirse con Moreau lo que iban á hacer los dos generales si les dejaba, era reunirse en el centro de su línea y en la derecha del Pó, así concentró rápi-



KLEBER

damente 45 ó 50.000 hombres, y allí cerca de Placencia se opuso al avance de Macdonald, que sólo resultó vencido por tener que abandonar el campo de batalla ante los numerosos refuerzos que Souwaroff recibía cada día, debiendo gran parte de su éxito á la heroica legión polaca que al mando de Dombrowski se batía con loco furor contra los rusos. Pero Macdonald tuvo que retroceder y la unión de los dos generales franceses tuvo que buscarse por otra parte.

Moreau había principiado un movimiento para el punto de la cita con los 13 ó 14.000 hombres únicos que le quedaban, el día 20 de Junio derrotando en Tortona al cuerpo austriaco que estaba á su frente, pero sabedor de lo que había sucedido á Macdonald se retiró á su acantonamiento en donde vino á encontrarle Macdonald, lo que permitía ya contar

con un ejército de Italia de más de 40.000 hombres.

Massena desde Suiza había intentado también acudir al socorro del ejército de Italia lanzando á la división Lacourbe, pero Souwaroff la arrojó fácilmente al otro lado de los Alpes.

Massena se mantenía intrépidamente en los Alpes. Reforzado por Moreau, comprendió desde luego que mientras no fuera desalojado de Suiza, el archiduque no pasaría el Rhin, pues él iba á quedar á su retaguardia, y como en Suiza las posesiones que se podían tomar podían suplir el número, Massena se sostenía gloriosamente contra las tropas del archiduque. Pero á la larga el número y el ardimiento de los hombres toma razón de todo y Massena siempre victorioso tenía que ir batiéndose en retirada para no verse envuelto, encontrándose á últimos de Junio ya detrás de Zurich.

Las consecuencias de este estado de cosas de la guerra fueron desastrosas en todas partes, y más que en otra parte en Italia, en donde considerándose la coalición triunfante, la reacción fué atroz. Pero en donde llega á hacer palidecer los días terribles del Terror francés fué en Nápoles gracias á la complicidad de Nelson que prestó sus barcos para que eclipsasen la triste gloria que habían adquirido los de Carrier en Nantes.

En rigor la república Parthenopea no existía mas que de nombre, y aún en donde tenían guarnición los franceses. El interior del país estaba en armas, y tenía por general á un cardenal, á Ruffo, que á falta de perseguir franceses, perseguía y arruinaba á liberales. Cuando pues se tuvo que retirar el ejército francés del Sud de Italia, sus sanfedistas, soldados de la fe, socorridos con los que de Sicilia trajo el rey Fernando, dieron pronto cuenta de las



CHAMITOMET

pequeñas guarniciones francesas que habían quedado en el país, y libres de todo temor se entregaron como hemos dicho á los desórdenes más espantosos, presidiéndoles como ya hemos indicado la reina Carolina y la querida de Nelson.

No menos grandes fueron las consecuencias para Francia.

Hábanse las elecciones verificado bajo la precisión de las primeras batallas y en los mismos días en que se votaba, llegaba la noticia de lo ocurrido en Rastadt. De modo que todo parecía favorecer los planes reaccionarios, pues muerto el espíritu público, y sólo enfrente unos de otros los diversos partidos con sus terrores y rencores, Francia, tan impresionada siempre parecía de nuevo un país falso

otra vez de autoridad. Sin embargo, las elecciones no fueron un desastre. En París y otros puntos triunfaron los reaccionarios, pero en general el triunfo fué de los patriotas, quienes al constituirse nombraron presidente de los Quinientos á Juan Debry, 19 de Mayo, al diplomático que había escapado con vida en Rastadt.

La suerte designó esta vez la salida de Rewbell que fué reemplazado por Sieyes. Esto fué una pérdida para los republicanos. Rewbell era un republicano concebido, y á Sieyes le importaban poco las formas de gobierno. Bonaparte tenía ahora en el Directorio un hombre de confianza y adicto, de suerte que con Talleyrand en el ministerio podía decir que se había apoderado de la situación política.

Embrollada por demás estaba la situación política por este tiempo, pues nadie veía claro lo que iba a suceder en Francia caso de que la invasión que por todas partes amenazaba forzase las fronteras: quisieron los Quinientos que pudieran esta vez discutir y aprobar sus actas en paz, que el Directorio les expusiera el estado del país y como el Directorio no llegara, los Quinientos resolvieron el 16 de Junio declararse en sesión permanente hasta tanto que el Directorio presentara su Memoria. El Directorio la presentó el día siguiente, haciendo constar las dificultades de la situación y cuanto eran de temer las agitaciones del Mediodía en donde se renovaban los asesinatos, mientras que la chuanería se presentaba otra vez en el Oeste.

De esta Memoria se tomó pretexto para el golpe de Estado parlamentario ideado por Barras y Sieyes. Querían éstos ante todo desembarazarse de los elementos genéricamente republicanos del Directorio, no porque tuvieran en puerta resuelta otra situación política, sino porque La Reveilliere, Merlin de Douai y Treilhard, no estaban dispuestos a dejar que la obra de la revolución pasase á manos sospechosas. Desembarazarse de estos, equivalía á poder tomar más cómodamente por el camino de la reacción ó de la restauración del realismo, no de los realistas de Luis XVIII de quien ya nadie se acordaba, tanto que la segunda coalición se pactó con la reserva expresa de no hablar de su candidatura al trono francés ni de toda otra, sino del espíritu monárquico ó aristocrático que querían hacer prevalecer de nuevo los nobles Barras y Sieyes. El triunvirato republicano fué sacrificado. La Reveilliere y Merlin dieron su dimisión á Treilhard se le anuló la elección por vicio de forma. Gohier, el general Moulins y Roger-Ducós les reemplazaron. Buenos republicanos, moderados, sinceros, pero sin ninguna de las cualidades propias de los hombres de Estado. Estaban, pues, destinados á servir de instrumentos á Barras y á Sieyes que estaban frente á frente. Roger-Ducós casi desde el primer día se puso al lado de Sieyes. Los otros dos permanecían indecisos. Ponerse al lado de Barras les parecía imposible, porque la moralidad y la reputación del Director alejaban de su lado á todos los que estimaban en algo la honestidad y la buena reputación.

Sieyes y Barras, sin embargo, a espaldas de sus amigos conspiraban para la restauración monárquica, con la sola diferencia que mientras Barras pensaba con Luis XVIII el único hombre de importancia política que pensaba en su restauración en Francia, Sieyes quería llegar á una monarquía nueva, y su

candidato era el duque de Brunswick. Esto nos dice que por este tiempo todavía no había quien sospechaba que Bonaparte quería imponer á todos su autoridad, pues de otro modo Sieyes no hubiese pensado en cerrarle el paso restaurando el trono y creando una nueva dinastía.

¿Podían temerse la realización de los planes de Barras ó de Sieyes? Ni uno ni otro hubieran podido cosa alguna sin el ejército, y el ejército era republicano. Sólo Bonaparte hubiera podido arrastrarlo y Bonaparte estaba en Egipto. Barras, por otra parte, fiel á su sistema de jugar siempre con dos barajas, continuaba engañando á los jacobinos que veían en él al defensor de la república, y hé aquí por qué el hombre que más daño le hacía continuaba ocupando el primer puesto, pues estas relaciones influían poderosamente en la opinión, y así los Quinientos se entregaron al estudio de medidas verdaderamente liberales destinadas á asegurar la libertad de la prensa y de reunión y la de las elecciones.

Otras medidas más graves hubieron de tomarse á la vez que estas, destinadas á asegurar la paz del interior.

El nuevo Directorio envió el 27 de Junio un mensaje a los Quinientos, dándoles á conocer la gravedad de la situación política exterior. Los enemigos de la república estaban ya en las fronteras, y era necesario rechazarles. Para ello era necesario levantar de nuevo el patriotismo y entusiasmo republicano, y al efecto en el mensaje decía que el anterior Directorio había caído porque no había hecho nada para la revolución. Esto nos dice claramente en que tono estaba redactado tal documento.

Los Quinientos declararon grave la situación y en virtud de la ley de Jourdan se llamó á las armas á todos los mozos alistados; se decretó un empréstito forzoso y progresivo sobre las clases acomodadas de cien millones, y se dió un manifiesto al país para legitimar todas esas medidas, protestando, empero, en él de querer volver al Terror. La situación militar fué, pues, ahora causa de que Barras y Sieyes apelaran al concurso de los patriotas más ardientes, de los que como sabemos habían querido desembarazarse, y esto abrió las puertas del ministerio de la Guerra á Bernadotte, que era en verdad una excelente elección.

Pero los jacobinos, á medida que se iban agrando las circunstancias, iban exaltándose, declarando en todas partes que iba á ser indispensable un nuevo 93 para salvar la Francia y la república. Ahora celebraban sus sesiones en la misma Sala de sesiones de la Constituyente, de la Legislativa y de

la Convención, pues los Quinientos se reunían en el Palacio Borbón. La exaltación era ya tan grande que Jourdan brindó en un banquete para «la resurrección de las picas.» Y con Jourdan hacían coro Bernadotte, Championet y el violento Augereau.

La reacción que tanto terreno había ganado en todas partes, y que había infestado el país entero con su chuanería que nada respetaba, tenía en París como ya sabemos un gran partido. La clase media republicana desde el momento que no dirigió la causa popular, y dejó que ésta fatigada y aburrida se retirara, había sido absorbida por los reaccionarios, que se habían apoderado por completo de las Asambleas primarias. A la vista, pues, de esta inesperada é imponente resurrección jacobina, creyéndose en los días de thermidor, se lanzó á vías de hecho contra los jacobinos,—12 de Julio,—á quienes tuvo que amparar el Directorio, porque el pueblo si les escuchaba con agrado, no se calentaba ahora, y no quería hacer causa común con ellos.

En este mismo día, y esto explica la bullanga de los reaccionarios, se votó una ley verdaderamente digna de 1793. La «ley de rehenes» que en este día se votó, disponía que los padres y parientes de los emigrados, los ex-nobles, y los ascendientes de los conocidos por formar parte de las partidas de chuanes, respondían con sus personas y bienes, de los atropellos que cometieran las partidas, en odio á la república, y en los pueblos declarados en estado de tumulto. En caso de turbarse el orden, las autoridades debían apoderarse de los rehenes y bajo la vigilancia de la policía, eran encerrados en lugar seguro. Además si era asesinada una autoridad civil ó militar, ó un comprador de bienes nacionales, se deportaban á la Guyana por cada víctima cuatro de los rehenes, y por fin éstos debían aprontar solidariamente los fondos para recompensar á los denunciadores, ó bien para indemnizar á los compradores de bienes nacionales.

Esta inicua ley, que dejaba atrás todas las del Terror, nos dice cuán grande no había de ser la exaltación del país y de la Cámara, y lo que hubiera sucedido si los extranjeros hubiesen invadido la república, como en 1792.

Medidas tan graves y tan injustas producen siempre los mismos resultados. Los mismos que las votan en un momento de terror pánico, son los primeros en abominar de ellas, así lo mismo en los Quinientos, que en el Directorio, que en el gobierno, todo era protestar de la vuelta á un régimen que se había creído muerto para siempre. ¿Pero cómo resistir? De momento no hubo más remedio que ce-

der, y la primera satisfacción que se dió á los jacobinos fué reemplazar á Talleyrand con Reinhardt, entrando además en Hacienda Roberto Lindet, y en Policía Fouché. Lindet, como se recordará, había procurado suavizar por todos los medios posibles el Terror, que por lo contrario Fouché había exagerado en todas partes.

Sieyes estaba fuera de sí, pero á la vez que se declaraba enemigo resuelto de los republicanos ardientes, se declaraba él como el más republicano de todos. Gracias á esta táctica llegó á dominar el Consejo de los Ancianos y hacer en él un partido adicto dispuesto á la resistencia. Estos, pretextando tener el lugar de sus sesiones en las Tullerías, expulsaron de ellas á los jacobinos; éstos se retiraron á la iglesia de Santo Tomás de Aquino, y el Directorio la hizo cerrar el 12 de Agosto. Pero si en París era posible dominar á los jacobinos por los tristes recuerdos de su dominación pasada, cuando el gobierno y las Cámaras les perseguían, en cambio, todo se estrellaba contra la chuanería que se defendía de la ley de rehenes, secuestrando las familias de los empleados y de las autoridades públicas.

La chuanería además impedía que la recluta se pudiera llevar á cabo en muchos puntos, de modo que cuando más necesario era reforzar los ejércitos rechazados sobre las fronteras de Francia, más la chuanería se esforzaba en impedirlo, llegando hasta el extremo de estallar verdaderas insurrecciones realistas en varios puntos.

Sieyes había creído por un momento haber encontrado en Joubert la espada que necesitaba para una restauración política en provecho propio. Convencido de que no era posible una restauración monárquica, creía que era necesario acabar con el régimen Directorial y por consiguiente con la Constitución del año III á fin de concentrar la autoridad en manos de un sólo hombre y asegurar así su unidad de acción. Esto era también lo que creían necesario muchos republicanos, y lo que les había parecido indispensable lo mismo á Hoche que á Bonaparte. Pero Joubert receló muy pronto de Sieyes, descubrió su grande ambición personal, y se alejó de él. Sieyes desde el momento en que no pudo hacer de Joubert su hombre, todavía le quiso más lejos, é hizo que se le devolviera su mando del ejército de Italia, á lo que accedió gustoso el Directorio, porque Joubert indudablemente impulsado por las relaciones que había sostenido con Sieyes, se había permitido enviarle una Memoria que contenía todo un plan político y militar destinado á asegurar